

LA FAMILIA POPULAR VENEZOLANA

En los estrechos límites de un artículo no se puede desarrollar a plenitud cuanto hoy ya se puede decir sobre la familia popular venezolana. Para esa información remito a los lectores a mis distintas publicaciones. Me limitaré, por tanto, a algunos señalamientos puntuales y que parecen de importancia actual

1. A pesar de que mucho se puede decir sobre ella, la familia popular sigue siendo en gran parte desconocida.

Desconocida, en cuanto no-reflexionada, simbolizada en representaciones conscientes, por los mismos que la viven con la naturalidad de lo espontáneo, por los que viviéndola creen vivir otra, y sobre todo por los que la toman como objeto de observación, juicio y conocimiento desde conceptos, categorías, parámetros y paradigmas que asumen como universalmente válidos, de modo que sólo logran entenderla como una variación, desestructuración, atipicidad, particularidad incompleta, anormalidad enferma, etc., de un supuesto modelo universal de familia: los intelectuales de cualquier tipo y condición.

Tomar a una realidad viva como la familia popular en términos de objeto de observación y de investigación, lleva inexorablemente a elaborar discursos sobre ella y por ende a proponer medidas respecto a ella, desde fuera de su propia vida, unos y otras dictados por una manera de pensar la realidad social, propia de una cultura que a la familia popular le es totalmente ajena.

A partir de semejante desconocimiento, todas las iniciativas bienintencionadas dirigidas a mejorar, desarrollar, promover, etc., las condiciones de vida y el funcionamiento integral de dicha familia, tanto desde el punto de vista social como desde el pastoral, han fracasado y seguirán fracasando. Sólo se salvan algunas —hogares de cuidado diario, por ejemplo— que por venturoso azar o por haber surgido de la misma entraña popular, dieron en el blanco. Del dicho fracaso son testimonio las siempre repetidas lamentelas —las mismas a través de los años, y hasta de los siglos— las también repetidas condenas morales y sociológicas y los insistentes discursos encaminados a promover y planificar correctivos.

Lo peor no es el desconocimiento mismo sino el pseudoconocimiento que sociedad e Iglesia tienen de ella, sobre todo porque lo pretenden válido.

2. La inadecuación de un conocimiento desde fuera, que toma a la familia popular como objeto de observación y de elaboración científica, no se percibe si no se ha experimentado a partir de un proceso de convivencia que produce una progresiva implicación en la vida interna de esa misma familia. Desde ahí se comprende experiencialmente que la familia popular es un proceso de vida en acto que posee sus propias claves de comprensión, de modo que diseccionarla en objeto es ya de partida hacer imposible el acceso a su realidad.

Se plantea, pues, como necesario un conocimiento desde dentro de ella misma, desde su misma forma de ser vida, para lo cual es imprescindible, para quien lo intente, haber relativizado —des-universalizado— los parámetros de acceso adquiridos durante su formación, como conocedor culturalmente estructurado, y abierto, así, a la posibilidad de encontrarse con lo otro o lo distinto. Desde fuera puede conocerse la familia popular como fenómeno; sólo desde dentro se la puede comprender y por ende conocer en su realidad constitutiva. Es esto lo que se viene intentando en el Centro de Investigaciones Populares.

3. Conocida experiencialmente desde dentro, se re-vela, en contra de lo que tanto y tan insistentemente se ha dicho y se dice, como una familia firme, sólida y coherentemente estructurada, con componentes propios y propios sistemas de estructuración. Dicha estructura está constituida por un centro-familia, que no ha de entenderse como unidad mínima de análisis sino como la condensación en unidad estructural de vida-familia y sentido de cuanto puede vivirse como estrictamente familiar. Este centro consiste en la relación madre-hijo. No la madre y el hijo, como fácilmente se tiende a entender, sino la relación madre-hijo. Madre e hijo no son un agregado de dos componentes sino una sólida unidad relacional. Es además una unidad que se constituye desde el mismo momento en que aparece, esto es, con la rea-

Alejandro Moreno

La pareja no forma parte del modelo popular de familia. Si se da realmente, y no sólo formalmente, es una excepción que no invalida el modelo. La familia existe sin ella, como existe también sin el padre. El padre no tiene ningún puesto en el centro-familia sino como instrumento indispensable para producirlo, instrumento externo, por tanto

lización actual de la maternidad –yo digo madredad– de la mujer, en el momento mismo en que ya es madre, ya está fijado el centro-familia. Para aclarar esto, me sirvo de un ejemplo que al mismo tiempo va a ilustrar otro aspecto de la familia popular: la pareja hombre-mujer. La pareja se inicia con el acercamiento de dos seres originalmente distanciados e inicia un proceso que, al final, en el caso en que sea coronado por el éxito ideal, desemboca en la relación que constituye la unidad hombre-mujer. La pareja es, pues, un punto de llegada; el centro-familia es el punto de partida. En el modelo oficial de familia, ésta se constituye en algún punto del proceso de pareja. Aunque no haya ni antes ni después



maternidad ni paternidad, existe familia. En el modelo popular la pareja en ninguno de sus momentos estructura familia. Hablo de realidades antropológicas culturales, las constitutivas, prescindiendo de toda formalidad (matrimonio civil o eclesiástico, por ejemplo). La pareja no forma parte del modelo popular de familia. Si se da realmente, y no sólo formalmente, es una excepción que no invalida el modelo. La familia existe sin ella, como existe también sin el padre. El padre no tiene ningún puesto en el centro-familia sino como instrumento indispensable para producirlo, instrumento externo, por tanto. Producida la familia, el padre permanece fuera. Podrá funcionar como un satélite que la ayuda, pero tampoco es necesario. En estricto sentido, esta familia se define como matricentrada, porque es la madredad (imposible sin el hijo) su núcleo estructural y además el sentido com-

pleto de la relación madre-hijo que es su totalidad.

Esta es por tanto una estructura tan sólida como cualquier otra, no carente de fisuras pues ninguna está libre de ellas. Estructura sólida no significa estática, cerrada a todo cambio. Como toda realidad cultural, es dinámica y está abierta a posibilidades de cambio. El problema será calibrar esas posibilidades.

4. En este modelo de familia se produce un tipo humano, una manera de ser persona, muy distinto del modelo de hombre considerado como deseable en la cultura occidental. En esta cultura, que llamamos moderna, el hombre se concibe ante todo como sujeto autónomo, individuo, capaz de realizarse por sí mismo en un sistema de relaciones personales e institucionales que el mismo establece y controla una vez constituido en sujeto, después de su infancia. En la cul-

tura popular, cada ser humano es estructuralmente madre e hijo; la mujer: hija-madre; el varón: hijo-hijo. Esto durante toda la vida. Ello define también los sexos (o el género): el sexo de la mujer consiste en ser cuerpo-materno y no individualidad erótica; el sexo del varón en ser cuerpo-de-macho. El machismo,

y no la masculinidad moderna, es el verdadero sexo del varón. Esto es muy esquemático. La fundamentación y explicación deberá buscarla el lector en mis obras publicadas.

Ahora bien, madre e hijo, estructura antropológico-cultural del venezolano popular, son en sí mismas realidades sólo pensables como relaciones, no como individuos. Relaciones estruc-

turales que se dan en el mismo hecho de existir, constitutivas, no relaciones que se entablan como en el modelo de hombre moderno. Relaciones, además, que no tienen existencia sino en la convivencia. Por supuesto que el hombre popular establece relaciones también, pero las establece desde su ser-relación, no desde un ser-individuo moderno. Por esto llamo al “homo” venezolano, “homo convivalis”, hombre convival.

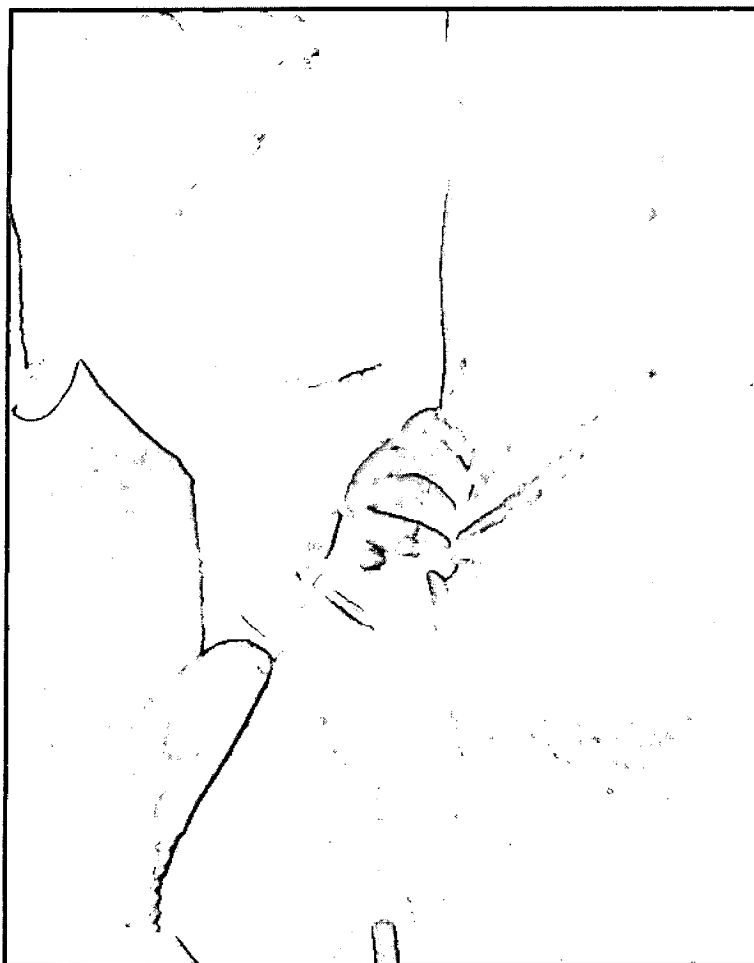
Desde este fondo antropológico, desde este modo de vivir la vida, desde esto que llamamos mundo-de-vida popular, adquieren su propio sentido las realidades sociales, políticas, económicas y culturales en general que nos parecen tan opacas e incomprensibles si nos guiamos por las categorías y paradigmas modernos, los únicos que circulan en los discursos de nuestros analistas de todo tipo. Sin conocer a la familia popular en sus propios códigos, no podemos conocer y

Desde hace unos años -tal vez quince- se viene dando, en los sectores populares, un fenómeno que ya puede decirse común; el padre joven (no los de más de cuarenta años) carga a su hijo pequeño por la calle y no se avergüenza de hacerle cariños en público. Es la ternura masculina que sale de su encierro a la luz pública sin recelos

comprender la realidad venezolana más amplia. Es necesario repensar a Venezuela desde la familia popular que, además, para algún antropólogo, es la familia real de todas las clases sociales, hipótesis que no avalo, pues me he limitado a lo popular, pero que me parece altamente defendible.

5. Esta familia, en cuanto realidad antropológico-cultural, no es de por sí mejor ni peor que cualquier otra. Ha funcionado muy bien durante mucho tiempo y sigue haciéndolo; resolviendo de manera humanamente satisfactoria, en unos casos mejor, en otros peor, como todas, los problemas que le ha ido presentando la realidad histórico social. Atribuir a sus supuestos defectos, decretados desde fuera, problemas actuales (por ejemplo, la delincuencia) que no se dieron antes, siendo que ella tenía las mismas características, es argumentar en falso. Interpretar, así mismo, la relacionalidad del venezolano, como dependencia, irresponsabilidad, etc., con categorías de otro mundo externo al popular, es elaborar un desconocimiento real bajo capa de conocimiento. Habrá que repensar.

Sin embargo, si bien en su estructura, la relación madre-hijo, no hay fisuras, sí las hay en el interior de sus miembros. Me detengo en el hijo. La relación-hijo tiene un hueco. El hijo es hijo-de-madre pero no de padre. El hueco no está en el centro-familia sino en el interior del hijo: el hueco-de-padre. El padre es una ausencia pero una ausencia presente. El hijo necesita al padre. Esta necesidad, estruc-



tural de la relación-hijo y psicológico-vivencial de la persona-hijo, exige la aparición del padre como realidad antropológico-cultural. Esta necesidad hasta ahora ha sido frustrada. Sin embargo, desde hace unos años -tal vez quince- se viene dando, en los sectores populares, un fenómeno que ya puede decirse común; el padre joven (no los de más de cuarenta años) carga a su hijo pequeño por la calle y no se avergüenza de hacerle cariños en público. Es la ternura mas-

culina que sale de su encierro a la luz pública sin recelos. ¿Está empezando a aparecer el padre? No me atrevo a afirmarlo por ahora. La aparición del padre no implica de por sí la aparición de la pareja. Probablemente la precede. La aparición del padre habrá de provocar grandes cambios en la familia popular, incluso en el centro-familia. No será fácil. Hay que prever las resistencias de la estructura. Procesos tan de fondo serán inevitablemente complejos. No está dicho que la familia emergente será la del modelo occidental. Seguramente será distinto, aunque incluya la pareja.

6. Pastoralmente hablando, esta familia, como toda otra, necesita ser evangelizada. La evangelización habrá de hacerse, no como se ha intentado hasta ahora, esto es, desde fuera, sino desde una profunda y auténtica inculturación. Esto posibilitaría partir de las necesidades propias de la familia popular e iniciar un proceso pedagógico de acercamiento al sentido evangélico de la familia cristiana. Ello implica, a mi

entender, un complejo trabajo de repensamiento dogmático, moral, jurídico y espiritual que, salvando lo inmutable de la doctrina, ilumine y potencie los indudables valores que la familia popular posee y la impulse hacia su realización cristiana. □

Alejandro Moreno es sacerdote salesiano, psicólogo (desarrolló ampliamente este tema en el folleto N° 15 del Curso de Formación Socio-Política del Centro Gumilla, titulado La Familia Popular Venezolana).